

XIV

LA PROFESIÓN RELIGIOSA Y EL MARTIRIO

Voluntarie sacrificabo Tibi.

SAL. 53.

Te ofreceré, Señor, mi sacrificio de buena voluntad.

SAL. 53. 8.

Tú me dices, querida Margarita, que es muy triste ver que algunos religiosos, después de haber hecho el mayor de los sacrificios, subiendo á la cruz con Cristo, quieren descender de ella, perdiendo por su inconstancia el mérito de su holocausto; porque ciertamente lo pierde el que, cansado de sufrir, busca en la cruz las comodidades, los regalos y el gusto propio, tan opuesto á ella. Y yo á mi vez te digo que si eso es doloroso y triste, es muy consolador y satisfactorio ver que la inmensa mayoría de los religiosos no son así, sino que perseveran crucificados con Cristo, sin descender jamás de la cruz; antes bien haciendo de ella trono de su gloria, y uniendo su sacrificio al sacrificio de Jesús, el cual resplandece en nuestra profesión de un modo admirable, con rasgos de perfecta semejanza.

En el sacrificio del Calvario, Jesucristo fué á un mismo tiempo sacerdote y víctima, oferente y ofrenda;

y en el sacrificio de nuestra profesión fuimos también nosotros ofrenda y oferente, víctima y sacerdote, porque ofrecíamos á Dios un sacrificio agradable á sus ojos, y ese sacrificio no era otra cosa que nuestro mismo sér todo entero, el cual consagramos para siempre á su servicio. En el sacrificio del Gólgota, ofrecióse el Salvador espontánea, graciosa y voluntariamente; y nosotros ofrecimos también nuestros votos libré, graciosa y espontáneamente, y de tan buena voluntad, que pudimos muy bien decir con el Profeta: *Voluntarie sacrificabo Tibi.* De buena voluntad te ofrecí, Señor, entonces aquel sacrificio, y con voluntad más buena todavía lo renuevo ahora, consagrándome para siempre á Tí.

El alma religiosa que ha gustado una vez siquiera las delicias del padecer por Cristo; las que han sentido la sublimidad, la dulzura y regaladísima suavidad de ese amor que embriaga con sabrosas penas, esas ya no pueden vivir sin copiar en sí mismas la pasión del Redentor; no pueden reposar hasta transformarse en Él; no aspiran, ni quieren, ni pueden querer otra cosa más que á Cristo, y éste crucificado, como dice el Apóstol. Su sed de padecer nada la aplaca, y con hambre sin hartura, y con deseo insaciable, piden más penas y llevan el atrevido pensamiento á querer transformarse por amor é imitación de padeceres en Cristo crucificado. En Él quisieron transformarse y á Él solo quisieron imitar los héroes cristianos que tomaron su cruz y fueron atentamente poniendo el pie en donde vieron el rastro sangriento y la huella gloriosa de sus pisadas. A Él solo quisieron seguir los mártires esforzados que con invencible constancia dieron su cuerpo á los tormentos y su cabeza á la espada del verdugo. A Él solo quisieron seguir aquellos penitentes padres del yermo, que transformaron los áridos desiertos en jar-

dines de santidad. A Él solo quisieron seguir aquellas vírgenes puras, milagros de fortaleza y de candor, que, puestas á sus pies las terrenas concupiscencias, le tomaron por Esposo y le entregaron sus limpios y virginales corazones. A Él solo quisieron imitar todos los justos que, derramando de sus ojos torrentes de lágrimas, reciben las tribulaciones con gozo, y, cargados con la cruz de la penitencia, suben con pie firme el áspero monte de la santidad. Y á Él, finalmente, siguen los buenos religiosos que sufren por su amor el largo y prolongado martirio de su voluntaria crucifixión

Quizás no se habrá reparado bastante que nuestra profesión es un verdadero martirio con todos sus méritos y propiedades; y ese martirio habla muy alto en pro de la vida religiosa, y es una de las grandes excelencias de nuestro estado. Es tan alto, tan sublime y tan heróico el entregarse y consagrarse uno del todo á Dios con los votos religiosos, que á esa obra la comparan los Santos Padres con el martirio, y le dan ese glorioso nombre. "No sólo se reputa por martirio (dice San Jerónimo, escribiéndole á Santa Paula) el derramamiento y efusión de sangre, sino que también es un martirio la consagración perfecta de un alma á Dios; ésta teje su corona de lirios y blancas azucenas, y la otra de violetas y de rosas purpurinas. Y ciertamente, que si lo que da sér y mérito al martirio es el acto heróico de caridad, con que el hombre da una vez su vida por el amor de Dios, no se puede negar que el sacrificio de la profesión, con las múltiples renunciaciones que le acompañan, suponen también, no sólo un acto de caridad generosísimo y heróico, sino muchísimos actos, que bien pueden igualar y aún superar al mérito y valor del verdadero martirio, por muchas y poderosas razones.

La primera es, porque el martirio de sangre suele

ser pasajero y á veces momentáneo; de tal modo, que un solo esfuerzo de voluntad basta á veces para conseguir la palma y la corona de mártir; pero el sacrificio de los votos es siempre duradero, es un martirio prolongado que adquiere con la duración lo que le falta de intensidad y violencia. Es verdad (dice San Bernardo) que este martirio no tiene en la apariencia tanto horror como el del fuego y el del garfio, el de la parrilla y la espada; pero lo que le falta de apariencia lo tiene de realidad, más penosa y molesta que la de aquel otro; porque el de aquellos mártires antiguos, con una zambullida en caldera hirviente, con un golpe de lanza, ó el zarpazo de una fiera, estaba terminado; pero el martirio del religioso no se acaba de un tajo ó de un golpe, sino que un día y otro día, un año y otro año, y la vida entera, lo han de estar golpeando, y martirizando, y mortificando en la propia voluntad y en las inclinaciones más vehementes de la naturaleza. Es verdad también que el mártir no podía escoger muchas veces el género de tormento que le habían de dar, sino que era preciso estar preparado á recibir el que viniera; pero no lo es menos que el religioso está en igual situación, porque no le es lícito escoger el género de martirio que él desea, sino que siempre ha de estar preparado á recibir el que más le repugne, el que más contrario sea á su voluntad y mayor sacrificio le cueste; y esto no sólo una vez, sino tantas cuantas sean las ocasiones que se le ofrezcan.

La segunda razón es porque los mártires morían una sola vez, y sólo de algunos muy privilegiados se cuenta que sufrieron dos ó tres veces el martirio; mas la vida religiosa no se limita á un martirio ni á dos ni á tres, no se muere una ni dos ni tres veces, sino tantas como días tiene el año, porque aquí se ha de morir cada día, según frase del Apostol: *Quotidie morior*.

(Cor. XV.) es decir que cada día hay que golpear y martirizar á la flaca naturaleza con el azote de la *mortificación*, palabra que significa causar la muerte, y causarla lentamente y cada día, y todo el día: como en otro lugar se expresa el Apostol: *Propter te mortificamur tota die*. Y este martirio bien se ve que aventaja con creces al martirio de las persecuciones.

Además el mártir muere por dar testimonio de fidelidad y amor á Cristo, porque mártir significa testigo: pues siendo esto así, ¿qué testimonio es mayor? ¿El del martirio que dura un día, ó el del martirio que dura toda la vida? ¿Qué fidelidad es más á prueba, la de un tormento pasajero, ó la de un martirio continuado? Ciertamente que el religioso fiel á sus promesas da tanta gloria á Dios y tanto estímulo al prójimo como un mártir verdadero: estímulo al prójimo con el buen ejemplo y con la práctica de las virtudes, que es la predicación más elocuente; y gloria á Dios, proclamando su dominio universal y sus derechos á todos nuestros servicios.

Añádase á lo dicho, que la profesión religiosa no encierra un solo martirio, sino tres, y se verá cuánto sube de punto su mérito y excelencia. La pobreza voluntaria es de por sí sola un martirio, según enseña San Bernardo. Cristo promete la misma recompensa á los mártires que padecen persecución por la justicia, que á los pobres de espíritu; y no se lo promete, sino porque la pobreza de espíritu es de suyo un martirio para la codicia del hombre. Poseer riquezas con la seguridad que traen consigo para lo venidero, y renunciar esos bienes, y hasta la posibilidad de tenerlos, abrazándose con las privaciones de la pobreza y las incertidumbres del porvenir, eso es más duro y doloroso para el corazón humano, que si le arrancaran las carnes con garfios acerados. En el fondo del corazón

está vivo siempre el deseo de las comodidades, el amor á los placeres, la inclinación al regalo y al descanso, y aquí hay siempre que contrariar esa inclinación, sofocar ese amor y arrancar ese deseo, y vencerse á sí mismo, y triunfar cada día de esos incentivos, triunfo que es para el alma tan costoso como el del martirio.

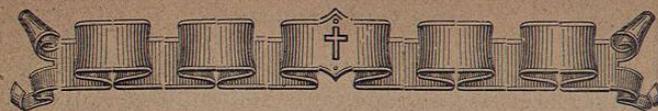
El voto de castidad es para el hombre terreno otro verdadero martirio, más duro que el de la pobreza, y por lo mismo más glorioso. San Agustín dice, que entre todos los combates del cristiano, los más rudos y difíciles no son los de los tormentos, sino los de la castidad, porque en ellos la lucha es muy frecuente y la victoria muy rara. Y á pesar de eso, ¡cuántas victorias en los claustros! ¡Cuántas vírgenes puras y cuántos religiosos castos los habitan! ¡Qué triunfos tan gloriosos se consiguen en ellos! En verdad que allí se da tanta gloria á Dios como en la arena del Circo y del Anfiteatro, porque en ambas partes se ve igualmente la victoria de la fortaleza divina, que triunfa en la flaqueza humana. El Espíritu Santo dice que la vida del hombre es un combate sobre la tierra, y el objeto principal de ese combate es la castidad, á la cual acometen furiosamente los tres enemigos del alma, y á la cual debe el religioso defender, aunque sea á costa de su vida. Pues si luchar una vez el mártir con un tirano, por confesar á Cristo, se tiene por cosa tan gloriosa, ¿cuánto más lo será el luchar, no una vez, sino mil, no con un tirano, sino con tres, y esto por toda la vida? ¿Puede haber martirio más glorioso, y combate más meritorio, y testimonio más fiel que el del religioso casto?

Pues, pasemos á la obediencia, que es el tercer martirio, y el más meritorio de todos, porque en él se sacrifica la parte mejor, la más noble y más amada del hombre, que es su libertad. Es también más conti-

nuo y de mayor alcance, porque abraza todos y cada uno de los actos del religioso en esta vida mortal. Pero dejando para su lugar esta materia, quiero sacar ahora la consecuencia de los principios que hemos sentado, la cual es otra prueba más de la excelencia del estado religioso. El martirio es obra de tanto valor, que lleva consigo la remisión de todos los pecados, y al alma la sube al Cielo sin pasar por el purgatorio; y esto de tal modo que hace injuria al mártir quien por él ruega, según dicen los santos. Pues, de la misma suerte la profesión religiosa bien hecha es acto tan meritorio, que lleva consigo la remisión de los pecados, y deja al religioso como si acabara de recibir la palma del martirio. De tal manera, que iría al Cielo sin pasar por el Purgatorio, si en aquel instante muriera. ¿Ves, amada Margarita, cuánta es la nobleza y dignidad de nuestro estado? ¿Ves cuántos son sus méritos y excelencias?

Siendo, pues, tan excelente nuestro estado, pongámosle nosotros el colmo á tantas excelencias, considerándonos como mártires de Cristo, pero mártires cuyo sacrificio es continuado. Y así cuando sintamos la repugnancia y el tormento que causan á la frágil naturaleza las prácticas de la vida religiosa, hemos de renovar nuestro sacrificio, exclamando frecuentemente con el Profeta: *Voluntarie sacrificabo Tibi*. Voluntariamente acepto, ¡oh Señor! este pequeño sacrificio, y te lo ofrezco para gloria y alabanza de tu nombre. Si así lo hacemos, se multiplicarán nuestros méritos, y al salir de esta vida miserable, recibiremos corona de mártires: corona que desea ver sobre tu frente, allá en el Cielo, este tu afectísimo P.

FR. A.



XV

LOS VOTOS RELIGIOSOS SON UN SEGUNDO BAPTISMO.

Baptismo autem baptizari habeo.

He de ser bautizado con otro bautismo.

LUC. XII. 50.

DEVOTA sierva de Cristo: Predicando una vez nuestro divino Salvador á los hebreos, les dijo esas palabras misteriosas que he puesto al frente de esta carta. Con un bautismo he de ser bautizado, y me angustio y sufro hasta que él se realice. Claro está que aquí no habla nuestro amado Redentor del bautismo de agua, pues éste lo había recibido ya en el Jordán de manos del Bautista; sino que habla del bautismo de sangre con que había de ser bañado en el huerto, en la columna de los azotes y en el ara de la cruz; y este bautismo lo esperaba con tanta ansia, que sufría su espíritu hasta que en él se realizara. Pues á imitación de Cristo, toda alma que ha recibido del Cielo la vocación religiosa y el deseo de consagrarse á Dios, y todas aquellas que pueblan los noviciados de las Ordenes religiosas, pueden muy bien exclamar con el divino Jesús: Con otro bautismo he de ser yo bautizado, y mi alma sufre ansias mortales, hasta que se vea con él purificada.

Este bautismo no es otro que el de la profesión religiosa, la cual es obra de tan subidos quilates, que los Santos Padres, y en especial San Bernardo, la equipara al bautismo por la igualdad de efectos maravillosos que obra en el alma; porque así como el bautismo perdona al que lo recibe todas sus culpas y pecados, y toda la pena debida por ellos, de tal modo, que si muere después de bautizado sin haber cometido nueva culpa, se va derecho al Cielo; así también, al que hace debidamente la profesión religiosa, se le perdonan todos sus pecados á culpa y pena, de tal suerte, que si después de profesado muere, sin haber cometido ninguna culpa, irá también derecho al cielo, sin pasar por el purgatorio, como te decía en mi anterior. Y esto no sucede así por vía de indulgencia que lleve consigo la profesión, que esa indulgencia plenaria ya la ganan los religiosos el mismo día que toman el hábito, *servatis servandis*; sino que acontece por virtud de la profesión, por ser ella obra tan estimable y de tan alto precio, que satisface toda la pena debida por los pecados anteriores. Y tiene aquí la profesión una ventaja sobre el bautismo, porque en éste se perdonan las culpas gratuitamente, en virtud de los méritos de Cristo: y en la profesión no se perdonan gratuitamente, sino justamente, en virtud de la satisfacción que da el hombre por ellos, porque con sus votos le ofrece á Dios el mayor sacrificio que le puede ofrecer, puesto que se ofrece y se sacrifica á sí mismo con todas sus cosas.

De esto trae un buen ejemplo San Atanasio en la vida de San Antonio Abad, y yo he hallado otro en un manuscrito antiguo, que por parecerme más expresivo lo quiero poner aquí, como prueba de esta verdad (1). Sucedió, pues, que tomó el hábito y profesó en

(1) Leí este ejemplo en unos papeles viejos y de mala letra, que decían: *Ejemplos y apuntes para pláticas*. No tenían nombre ni firma, prin-

nuestra Orden un joven llamado en el siglo Pedro Marín, al cual (siguiendo la santa costumbre de la religión) para que nada le quedara del mundo, se le trocó el nombre de Pedro por el de José, y el apellido de familia por el del pueblo, llamándose entre nosotros Fr. José de Ayamonte. Pocos días después de haber profesado, asaltóle una recia enfermedad que le llevó á las puertas de la muerte. Dábanle ciertos ataques que le privaban del uso de los sentidos, y en uno de ellos dió muestra de tanto asombro y espanto, diciendo al mismo tiempo palabras tan incoherentes y misteriosas, que puso miedo en el ánimo de los que le asistían: volvió del delirio con un sudor frío como el de la muerte, repitiendo entre dientes estas palabras: ¡Bendita profesión! ¡dichosos votos! ¡eso me salva!... El P. Guardián, que era uno de los asistentes, dijole así que se calmó, que dijera por obediencia, sin quitar ni poner, lo que le había pasado; y el obediente hermano dijo que habia sido llevado en espíritu al tribunal de Dios, en donde un horrible demonio lo acusaba de los pecados de su juventud, acusación de la cual no sabía él defenderse; mas que el Angel de su guarda tomó la defensa por él, y le contestó así al enemigo: ¡Embustero! ¡mientes como un canalla! Y como el demonio insistiera en que aquellos pecados eran verdad, porque él mismo habia tentado y vencido á Fr. José, el Angel le repuso: ¡Mientes, bellaco! que Fr. José de Ayamonte no ha hecho tales maldades. Eso lo hizo un tal Pedro Marín, que murió y dejó de existir para el mundo el día que hizo su profesión y se consagró á Dios con los votos religiosos. Entonces comenzó á existir este Fr. José, al cual no has podido hacer pecar, por más que lo has procurado. Y por consiguiente, Fr. José no tiene que

cipio ni fin. Ignoro por lo tanto su autenticidad, y únicamente lo aduzco como un símil ó alegoría para explicar mejor el pensamiento.

responder de culpas que no ha cometido. Lo que hizo Pedro, ya lo pagó él dejando de ser; y no he de consentir que se paguen las cosas dos veces, ni mucho menos que pague Fr. José culpas que no ha hecho. Cada uno pagará por lo suyo: Pedro pagó ya con la profesión religiosa todo lo que hizo, y Fr. José pagará por lo que él haga desde que comenzó á existir, que fué el momento mismo en que pronunció sus votos. Y con esto quedó el demonio burlado y vencido, y el religioso volvió en sí, bendiciendo la hora de su profesión.

San Anselmo cuenta otro ejemplo de un monje de su tiempo, tan semejante á éste, que parece la primera edición del mismo; y así, aunque éste no fuera más que copia de aquél, siempre mostraría otro de los efectos de la profesión religiosa, que es dar muerte al hombre viejo, según frase de la Escritura, lo cual también el bautismo lo causa. En el bautismo el alma renuncia al mundo y á Satanás con sus pompas y vanidades, y deja de ser esclava del demonio para convertirse en sierva de Dios. ¿Pues qué otra cosa más que ésta hace uno con sus votos? Desde el momento que los pronunciamos, morimos al mundo con cuanto le pertenece; renunciamos las obras y los caminos del diablo, y esta renuncia es más enérgica, más entera y más perfecta en la profesión que en el bautismo, como se deja entender: de modo que por los tres votos recibe el *fomes peccati* tres golpes de muerte. La religiosa que los hace muere por completo para el mundo, ya no es la que era antes en el orden social, y la ley canónica la conceptúa como si dejara de existir entre los hombres. El mundo ya no la conoce ni la tiene por suya, y por eso cuando se presenta en él, la mira como si fuera extranjera de región lejana, como si fuera un alma venida del otro mundo. Muerta así la religiosa para la tierra, vive sólo para el Cielo y su vida está escondida con Cristo, en Dios, se-

gún la misteriosa frase de San Pablo: *Abscondita est cum Christo in Deo.*

Esta vida misteriosa y nueva es el tercer efecto del Bautismo, que por esto se llama Sacramento de regeneración, porque da nuevo sér al que lo recibe, y lo mismo puede decirse en su línea de la profesión religiosa hecha como se debe; porque el hombre después de haber sido con harta frecuencia en su vida mundana semejante al primer Adán, terreno y prevaricador como él, luego que entra en el claustro y hace sus votos, toma en la profesión la semejanza del segundo Adán, Cristo Jesús, adquiere nueva vida, y se hace immaculado como Él. Si el alma por dicha suya adquiere esta vida tan nueva como celestial, entonces siente que en ella todo es nuevo; nuevos sus pensamientos, nuevo su modo de ver las cosas, nueva su manera de apreciarlas, nuevos sus gustos é inclinaciones, nuevas sus obras y la manera de hacerlas. En tal caso bien podemos aplicarle las palabras del Concilio de Trento y decir de ella como del recién bautizado, que no anda ya según las malas tendencias de la carne, sino que despojada del hombre viejo es ya por su profesión inocente, immaculada, pura y amada de Dios en todas las obras y detalles de su vida.

Bien comprendió esto S. Bernardo, cuando escribía estas valientes palabras: "¿Queréis que os diga por qué razón ha sido llamada la profesión religiosa segundo bautismo con preferencia á todas las otras obras meritorias del hombre? Pues, porque ella es una perfecta renuncia del mundo, y porque la excelencia singular de la vida espiritual que la acompaña, la eleva sobre todos los otros géneros de vida que existen en la tierra; de modo que los religiosos, dejando la semejanza de hombres, toman la de ángeles, y aun reproducen en sí mismos la imagen de Dios, conformándose con

Jesucristo, como sucede en el bautismo. Y así como este sacramento nos saca del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de la caridad eterna, así también por esta segunda regeneración de los votos nos libramos de las tinieblas de muchos pecados actuales, para entrar en la luz de las virtudes, pudiendo aplicárenos aquellas palabras del Apostol: "La noche ha pasado y nos ha llegado el día de la luz.." (*S. Ber. de Praecep. et dis.*)

Pues, si gozamos ya nosotros el día de la luz, entonces, querida Margarita, *sicut in die honeste ambulamus*, como dice el Apostol. Andemos con fervor en la presencia de Dios y vivamos escondidos en el corazón de Jesús. Hemos muerto para el mundo, y ni él tiene que ver con nosotros ni nosotros con él: vivamos sólo para Dios que es el que nos ha dado esta deliciosa vida y este nuevo sér del estado religioso. No seamos ingratos á tanto beneficio, ni volvamos los ojos al Egipto de donde salimos. No imitemos á los hijos de Israel que tentaron á Dios en el desierto con sus ingratitudes. Miremos, miremos los ejemplos de nuestros mayores. Imitemos á nuestro llagado Padre, el Serafín de Asis: vivamos como este prodigio de amor, crucificados para el mundo y el mundo para nosotros. No manchemos la vestidura de nuestra profesión religiosa, ya que manchamos la blanca túnica del primer bautismo. No quebrantemos jamás nuestras últimas promesas, que harta desgracia fué quebrantar las primeras. Estrechemos los lazos que con Dios nos unen, renovemos con frecuencia nuestros votos y pidámosle la muerte mil veces, antes que separarnos de Él. Esto es lo que desea para ti, y para sí propio, tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.



XVI

ERRORES ACERCA DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA.

Nolite errare, fratres mei dilectissimi.

No erréis, hermanos míos carísimos.

JAC. I. 16.

Quand estimada Margarita: Cansado estoy de oír decir á religiosos y religiosas, que aspiran á la perfección, que desean ser perfectos, que estamos obligados á caminar á la perfección, que todos los dias debemos trabajar por perfeccionarnos, que si podemos llegar á la cumbre de la perfección; y perfección por arriba, perfección por abajo, perfección por la derecha, perfección por la izquierda, perfección por delante, perfección por detrás, perfección por los cuatro costados; y á pesar de eso, muchos no saben lo que es perfección, ni tienen de ella más que una idea vaga, confusa é indeterminada, lo suficiente para que nadie los entienda, ni entenderse ellos mismos, pues se enredan y se hacen un lío cada vez que hablan ó escriben sobre este punto tan interesante de la vida religiosa.